

CAPITULO V.

Sevilla.—La Real Audiencia.—La Casa de Contratacion de Indias.—Alarcon pasa tres años abogando en aquellos tribunales.—Ambiciona los laureles del Parnaso.—Importancia de la poesía en los siglos XVI y XVII.—Academias poéticas.—La del duque de Alcalá.—La del veinticuatro Arguijo.—La de D. Diego Jiménez de Enciso.

1606

La Audiencia tenia de antigüedad medio siglo, pues ántes gobernaron á Sevilla, desde el año 1250 al de 1553, cuatro alcaldes mayores, y cada cual de por sí fallaba los pleitos que le cabian en suerte. Colegiando á tales alcaldes y otros ministros de experiencia y categoría, formó Carlos V, y con su consulta el príncipe Don Felipe, un tribunal de los jueces de grados, que á 10 de Enero de 1556 se hizo Real Audiencia, para conocer á nombre de S. M., en vista y revista, mediante apelacion, de causas civiles susanciadas y sentenciadas por los jueces de la ciudad y su tierra. (34)

Cuando ALARCON volvía á las orillas del Guadalquivir era regente de la Audiencia el licenciado Pero López de Alday, con su fiscal y ocho señores oidores, distribuidos en dos salas y pagados sus salarios por la misma ciudad. (35)

Ahora digamos algo del Tribunal de Comercio, ó sea Casa de Contratacion de Indias, que tanto lustre é importancia dió á los sevillanos, y que ya contaba de vida más de un siglo. Creáronla en el año de 1503 los Reyes Católicos, viendo cuán maravillosamente crecian las cosas de Indias, y que su factoria y correspondencia habian menester propia organizacion para el mejor expediente de los negocios. Vino á erigirse con tres ministros, á saber: factor, tesorero y escribano, que luego se dijo contador, proveyendo el primero de tales cargos en el genovés Francisco Pinelo, y el segundo en el Dr. Matienzo, canónigo de la Santa Iglesia y provisor del arzobispado. Acomodóse el Tribunal en las Atarazanas, situadas entre la puerta del Arenal y el postigo del Carbon; pero ántes de cuatro meses ya se alojaba definitivamente en el Alcázar viejo, colocado á espaldas del del rey D. Pedro, por la parte que mira á la puerta de Jerez, y muy pronto se redujo á fabrica moderna. (36)

ALARCON llegó en los momentos en que el asistente de Sevilla y presidente de aquella casa, D. Bernardino de Avellaneda, señor del Castrillo, la ocupaba de nuevo, reedificada por haber sido presa de las llamas dos años ántes, en el de 1604; desde cuya época, hasta 1609, duró el gobierno de Avellaneda, hombre de condicion dura, y resuelto á imitar en lo frecuente y ejemplar de los castigos á sus antecesores el Conde de Puñonrostro y el Marqués de Montesclaros; aquel que «refrenó con temida severidad los belicosos ánimos de la inquieta juventud sevillana.» Frisaba nuestro asistente Avellaneda en los setenta años: capitan que fué en las galeras de D. Sancho de Leiva, su tío, cuando el socorro de Orán, la toma del Peñol y la guerra de Córcega; soldado valentísimo en el rebelion de Granada, donde fué dos veces herido, y de donde se volvió á la mar, porque allí sirven más las manos que los piés; luego capitan general de la real armada de la guarda de las Indias, con la cual puso en fuga y desbarató al feroz corsario Francisco Draque, mereciendo que en premio se le encargase el difícil gobierno de Sevilla. Vivió noventa y tres años, y falleció en Madrid en el de 1629. (37)

Veinte hacia ya en el que estamos de 1606, que entre la Casa de la Contratacion y la iglesia metropolitana dieron principio las obras de la

Lonja de los mercaderes, donde se comenzó á negociar el dia 14 de Agosto de 1598: robusta construccion de Juan Herrera, el maestro mayor de la del Escorial, y muy notable por su majestuosa y bellísima escalera y por el intento de su ereccion, que fué para alejar de las gradas y patio del templo metropolitano á vendedores y negociantes. (38)

Casi tres años permaneció ALARCON en la ciudad de Sevilla, abogando en su Real Audiencia, donde adquirió crédito de muy entendido y fama de hombre honrado, en vida y costumbres excelente. (39)

Aquí es donde hallamos por vez primera sobre su bufete, junto al *Digesto* y las *Partidas*, la armónica lira del rondeño Espinel, nada temerosa de deslucir, sino muy ufana de acrecentar la reputacion y fama del letrado con el renombre de poeta.

Era en aquella edad eficacísimo, como se ha visto, el sistema de enseñanza para desarrollar y vigorizar la fantasia de quien nació grato á las Musas. Empañando la curiosidad y el amor propio de los alumnos, desde que saludaban las aulas, en conocer, imitar y emular las bellezas de los latinos y griegos, hallábanse de repente y cuando ménos lo imaginaban, diestros en componer y versificar en la ingénita lengua española.

Muy familiares Marcial, Terencio y Plauto para ALARCON al partir del indiano continente, no soltándolos de la mano en Salamanca, y asistiendo allí á la incesante ardorosa palestra de las musas latino-hispanas, singularmente de las que dan vida al teatro, se sintió ya poeta galano y fácil al calor del sol de Andalucía. Y esperanzado en hacer español, cuando pluguiera al cielo, el tesoro escénico de Roma y Grecia por su aplicación acaudalado, conoció que le estaria bien trabar conocimiento en el corro de los ingenios dramáticos, así famosos como de primera tonura; esto es, con Juan de la Cueva, Cervántes, Ochoa, Salustrio del Poyo, Vergara y Jiménez de Enciso: entónces soñó quizá en los laureles que habian de eternizar su nombre.

Aquel, á no dudar, fué el siglo de las Musas. Creíase, y con razon harta, que el entendimiento, bien formado por el estudio de las ciencias, adquiere mayor vuelo y sobrenaturales fuerzas en alas de la poética inspiracion, y que el númen de Apolo engrandece y levanta á sus hijos sobre el vulgo de los espíritus prosaicos y materializados.

El poeta, aspirando casi siempre á lo grande é infinito, suele desasirse de los intereses bastardos que á los hombres convierten en Proteos; y con altos pensamientos, consoladoras máximas, agudas y persuasivas razones, gusta de apacentarse

en la viva luz de la justicia y de la verdad, logrando que las artes del ingenio presten soberano realce á las armas y á las letras. Esto se entiende de los verdaderos poetas, que no de los mohatrerros ni de los que trafican miseramente con el estro divino.

Apreciaron los siglos XVI y XVII en sumo grado á los poetas, como que entónces su brillante corona solo se alcanzaba despues de muy profundos y bien encaminados estudios. Así es que la ambicionaron todos, lo mismo el seglar que el religioso, el militar que el purpurado, el artesano que el monarca. Ni la esquivó el austero Felipe II, causándonos admiracion y deleite su magnífica glosa á la cancion del *Contentamiento* y su epigrama á la *Cortesía*. (40) ¿Era posible ya reprimir en los magnates la emulacion afanosa por ganar renombre de poeta y Mecenas espléndidos, aun cuando hubiesen de imitar para lo primero á la corneja de la fábula, vistiéndose de asalariadas plumas? Pero lo que fué más todavía, las mujeres llegaron á exigir con su innata vehemencia ser galanteadas con ingenio y discrecion, y requebradas en muy delicados versos, viniendo así España á convertirse en una pastoril Arcadia y en los encantados verjeles de Armida.

No hubo ni funcion religiosa, ni fiesta ó regocijo público, ni victoria ó descalabro en nuestras

armas, ni bautizo, boda ó entierro de adinerado señor, que no se solemnizase con una academia poética.

Teníanlas muy de continuo en su casa los próceres para su esparcimiento; y á fin de ganarse el favor popular en los vítores y aclamaciones entusiastas de los poetas, disponíanlas los hidalgos ricos, y asimismo personas de mediana calidad, que se llamaban á la parte, ó por hacer figura ó proporcionarse honesto pasatiempo.

Los vireyes, para mayor esplendor y autoridad, cuidaban mucho de llevar á sus gobiernos una colonia de poetas por secretarios y oficiales, á fin de que todos los despachos y órdenes rebosaran en discrecion y cultura; y no habia grande que no tuviese puesta la mira y esperanza en un vireinato ó gobierno.

Eran, pues, tales academias poéticas verdadero mercado de ingenios unas veces, otras lonja de pretendientes más ó ménos embozados, y no pocas rendida corte de aduladores y lisonjeros. A vueltas de los que á ellas iban por curiosidad y recreo, víase al escritor insigne buscando con tímida pretension remedio á su pobreza en la generosidad del príncipe; ahora al hombre astuto y siempre de su negocio, que á costa del rico desvanecido queria verse de molde en fútiles obras; ya, en fin, al ambicioso ó cómodo aspirante á una

vara ó pingüe beneficio eclesiástico. De aquí la guerra sorda que solian hacerse unos á otros al mendigar las dádivas y proteccion del magnate, los crueles celos en el favorecido, la rabiosa envidia en los ménos afortunados. Rivalizaban congojosamente en la adulacion y en las protestas de sin igual lealtad, y en las ofertas de voluntaria esclavitud, jurando estar prontos á sacrificar la hacienda, la vida y hasta la honra, por cumplir el menor capricho del prepotente amo. Así es que en ocasiones le servian de terceros algunos catariberas de las musas, en toda clase de pasiones, postrados ante el becerro de oro. (41)

Ya supondrá el lector que tan mordedora y gruñona jauría de sabuesos, cuyos halagos y caricias se reservaban solo para quien les arrojaba un huesecillo de su mesa, habia de asediar los palacios de mayor granjería.

Sin embargo, justo es confesar que semejantes flaquezas siempre son inseparables de la misera naturaleza humana; y por ningun título han de creerse exclusivas de aquel tiempo ni resultado de la noble ocupacion de ingenio, entónces tan puesta en moda. Los parásitos en los siglos XVI y XVII no trajeron lágrimas, sino reputacion para la patria. ¿Qué, sino fieras, habrian sido aquellos hombres agujoneados por la ne-

cesidad ó la sed de oro, y de estimacion pública, faltándoles el civilizador freno de la ciencia verdadera y el generoso entusiasmo de las artes liberales? A ellas y á ese estímulo más ó menos interesable debió España tan pasmosa edad de incomparables ingenios, que cierran un Cervantes, un Quevedo, un Lope, un Velázquez y un Alonso Cano.

En manera ninguna se escatime, pues, ni el menor ápice de la gloria debida á los poderosos de nuestros siglos de oro, que tan fecunda proteccion dispensaron á las letras y artes, por quien solas viven en la historia imperecederas las naciones.

RUIZ DE ALARCON empezaba á subir la áspera senda del Parnaso en los dias de la decadencia, cuando pudo decir el Dr. Gaspar de Caldera: «Ya se pasó el tiempo del César Carlos V, que premió las armas; de Felipe II, el Prudente, que premió las letras; que aunque hoy se premian, es solo á los dichosos, que los lleva en brazos la fortuna.» (42)

Nuestro poeta es creible que frecuentara en 1606 las dos primeras academias de Sevilla, á saber: la del Duque de Alcalá y la del veinticuatro Arguijo.

Entre los varones que más ilustraban aquel emporio, tan famosos por su cuna como por sus

letras, sobresalia D. Fernando Enríquez de Rivera, tercer duque de Alcalá, noveno adelantado de Andalucía y quinto marqués de Tarifa. Mancebo de veinte y dos años, dominaba la lengua latina, haciéndose muy versado en Historia sagrada y profana, y cultivando las artes liberales, especialmente la pintura. A la sazón aderezaba en su palacio la hermosa pieza que habia de contener las selectas bibliotecas del Dr. Negron y de Ambrosio de Morales; y enriquecía los patios, cenadores y cuarto de estudio con columnas, capiteles, frisos, inscripciones, estatuas, bustos; medallas y camafeos, preciosos restos de la antigüedad griega y romana. Todavía, despues de dos siglos y medio, al visitar en Sevilla el curioso viajero la casa que habitaba el Duque, y hoy dicen de Pilatos, goza contemplando los últimos vestigios de aquel riquísimo y peregrino museo, donde se agigantaba el númen de los vates, la inspiracion de Francisco Pacheco, el felicísimo pintor y poeta, y donde Alonso Cano adquirió, sin salir de España, el admirable conocimiento del antiguo, que en la escultura le pone casi al igual de Miguel Angel. (43) Veíanse admitidos á los solaces literarios del buen adelantado Enríquez de Rivera cuantos doctos habia ó paraban en la metrópoli andaluza; y en aquel año de 1606 fué cuando el famoso poeta dramático

Juan de la Cueva ofreció al ilustre jóven las tres epistolas de su *Ejemplar poético*, la segunda con fecha 7 de Agosto, y la tercera en 22 de Noviembre. (44) Ocho meses adelante se animaba en Roma á seguir su ejemplo el discreto Don Juan de Jáuregui, concluyendo y dedicando á tan esclarecido Mecenas la traduccion del *Aminta*.

Quizá mayor animacion tuviese la academia del veinticuatro y elegante alumno de las Musas D. Juan de Arguijo, llamado el Apolo de todos los poetas de España, por su afan de honrarlos á todos y su esmero en no ofender á ninguno. Vates, cómicos, músicos y pintores le rodeaban constantemente, y en obsequiarlos y regalarlos consumió el pingüe patrimonio que habia heredado de sus padres y que le rentaba sobre diez mil duros: «de modo (afirma Rodrigo Caro) que, sin ser jugador ni gastador con mujeres, vino á estar tan pobre, que hasta que murió, solo se sustentaba con la dote de su mujer. (45)»

En ambos amenos y civilizadores palenques debian medir entónces las armas de su feliz ingenio mancebos como Rodrigo Caro, con quien no ha sido justa la posteridad, y á quien tanto debe la geografía de la antigua Bética; el Doctor Francisco de Rioja, autór insigne de la *Epístola moral*; Rodrigo Fernández de Rivera, secretario

del Marqués del Algaba, ocupado en escribir el poema de *Las lágrimas de San Pedro*; Antonio Ortiz Melgarejo, secretario de la ciudad, y músico y poeta; D. Melchor del Alcázar, que continuaba un apellido ilustre en el Parnaso español; Hipólito Vergara; Miguel Cid, memorable por su piedad y por sus versos á la pureza de la Virgen; D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, señor de Sierrabrava; y, en fin, D. Diego Jiménez de Enciso, para el cual estaban reservados en lo porvenir una veinticuatria, la tenencia de los reales alcázares y la roja cruz de Santiago. (46)

Si no con las riquezas inmensas del Duque de Alcalá de Guadaira, ni con la pródiga voluntad que Arguijo, quiso tambien capitanear su academia bajo el modesto nombre de cofradía. ¿Cómo sentar plaza de soldado, quien tuvo corazon de adalid? Hormigueaban desde hacia medio siglo por Sevilla los poetas, estudiantes, farsantes, pedantes, platicantes, pleiteantes, negociantes, viandantes y mereantes, agrupados en hermandades literarias; de una fué hermano mayor el discreto Jiménez de Enciso, que á la sazón ya rendia culto á las musas del teatro, y que disputaba á Cervántes la invencion de las comedias de capa y espada.

Juan de la Cueva ofreció al ilustre jóven las tres epistolas de su *Ejemplar poético*, la segunda con fecha 7 de Agosto, y la tercera en 22 de Noviembre. (44) Ocho meses adelante se animaba en Roma á seguir su ejemplo el discreto Don Juan de Jáuregui, concluyendo y dedicando á tan esclarecido Mecenas la traduccion del *Aminta*.

Quizá mayor animacion tuviese la academia del veinticuatro y elegante alumno de las Musas D. Juan de Arguijo, llamado el Apolo de todos los poetas de España, por su afan de honrarlos á todos y su esmero en no ofender á ninguno. Vates, cómicos, músicos y pintores le rodeaban constantemente, y en obsequiarlos y regalarlos consumió el pingüe patrimonio que habia heredado de sus padres y que le rentaba sobre diez mil duros: «de modo (afirma Rodrigo Caro) que, sin ser jugador ni gastador con mujeres, vino á estar tan pobre, que hasta que murió, solo se sustentaba con la dote de su mujer. (45)»

En ambos amenos y civilizadores palenques debian medir entónces las armas de su feliz ingenio mancebos como Rodrigo Caro, con quien no ha sido justa la posteridad, y á quien tanto debe la geografia de la antigua Bética; el Doctor Francisco de Rioja, autor insigne de la *Epístola moral*; Rodrigo Fernández de Rivera, secretario

del Marqués del Algaba, ocupado en escribir el poema de *Las lágrimas de San Pedro*; Antonio Ortiz Melgarejo, secretario de la ciudad, y músico y poeta; D. Melchor del Alcázar, que continuaba un apellido ilustre en el Parnaso español; Hipólito Vergara; Miguel Cid, memorable por su piedad y por sus versos á la pureza de la Virgen; D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, señor de Sierrabrava; y, en fin, D. Diego Jiménez de Enciso, para el cual estaban reservados en lo porvenir una veinticuatría, la tenencia de los reales alcázares y la roja cruz de Santiago. (46)

Si no con las riquezas inmensas del Duque de Alcalá de Guadaira, ni con la pródiga voluntad que Arguijo, quiso tambien capitanear su academia bajo el modesto nombre de cofradía. ¿Cómo sentar plaza de soldado, quien tuvo corazon de adalid? Hormigueaban desde hacia medio siglo por Sevilla los poetas, estudiantes, farsantes, pedantes, platicantes, pleiteantes, negociantes, viandantes y mereantes, agrupados en hermandades literarias; de una fué hermano mayor el discreto Jiménez de Enciso, que á la sazón ya rendia culto á las musas del teatro, y que disputaba á Cervántes la invencion de las comedias de capa y espada.